

La ausencia de información documental en la educación y la alarmante pérdida de las humanidades: declive y resurgimiento

IRENE GALVAÑ MARTÍNEZ

Licenciada en Humanidades. Máster en Documentación, Archivos y Bibliotecas.

Especialista universitario en Archivística

irenegalm@gmail.com

RESUMEN: El artículo expone la vinculación existente entre los estudios en Humanidades y en Ciencias de la Documentación en sus presupuestos, contenidos y objetivos profesionales, estableciendo que la necesaria relación propiciada durante su desarrollo fue protegida por el sistema educativo, perdiéndose con el declive de los mismos el valor que antes se otorgaba a dichos campos; para ello se realiza una comparativa entre la situación durante su desarrollo y la actual, y se reivindica su implementación en el momento actual a través de la cooperación de sus profesionales y de los nuevos programas educativos de máster, que subrayan la importancia de la formación humanística en los campos de las ciencias documentales.

PALABRAS CLAVE: Humanidades. Ciencias de la Documentación. Educación. Patrimonio Documental.

ABSTRACT: The article exposes the connection between premises, contents and professional objectives of both studies in Humanities and in Information Sciences, establishing that the needed link favoured during their development was protec-

ted by the education system, and the values related to them were weakened with the decline of that education system; a comparative analysis among the previous situation and the present one is realized and it is reclaimed a recognition of its new implementation in the current moment through professional cooperation and new master's degrees, which highlight the importance of a humanistic education in fields of Information Sciences.

KEY WORDS: Humanities. Information Sciences. Education. Documentary Heritage.

Hay una manera de contribuir a la protección de la humanidad, y es no resignarse.
Ernesto Sábato

Las imágenes, la masificación de datos e información a que nos ha acostumbrado el presente ha sido cómplice de un proceso extraño y paradójico: la invisibilización. Continuamente vemos noticias, acontecimientos o novedades de distintos lugares que nos hacen sentir perfectamente informados, y que subrayan la convención silenciosa de que aquello que no vemos no existe o no es importante. A este escenario se unen dos factores: pocos analizan críticamente (racionalmente) de dónde vienen estas imágenes, qué sentido tienen o cómo hemos llegado a ellas y además, se valora más el ser visto que la razón de serlo, algo que lleva inevitablemente a la exhibición sin sentido y que ya establecía hace años Molinuevo al definirnos como “hijos de Frankenstein”, en tanto en que el apellido nos recuerda a la criatura y no al creador.

Lejos parece quedar aquel mundo en que la búsqueda de información consistía en bucear en boletines de sumarios, catálogos o en rebuscar entre legajos de archivos municipales o parroquiales. Mucho más lejos el conocimiento que engloba aquella palabreja que recuerda a tiempos del renacimiento: las humanidades. Menospreciadas e ignoradas como si no fueran uno de los hilos conductores que nos han acompañado hasta el día de hoy.

ANALIZANDO EL CONCEPTO...

El público general, que parece jactarse de su desconocimiento, les arrebatara precisamente con este el valor que poseen. No obstante, el término, cuyo primer significado se equipara a “civilización” o “cultura”, se erige como el estudio de las ciencias que nos han conformado como tal, así como su interpretación de sus causas, procesos y consecuencias para entender el papel del ser humano en la historia. Por todo ello podemos afirmar que no solo son útiles, sino que resultan imprescindibles para entender cómo funciona el mundo y sobre todo, por

qué. Para razonar, discernir y construir una sociedad inalienable. Para llegar al conocimiento, identificarlo y gestionarlo. Esta es la razón por la cual están tan relacionadas con el ámbito de la biblioteconomía, la documentación e incluso la archivística, y, paralelamente, por la que su declive en las últimas décadas ha ido de la mano.

El añorado y olvidado paradigma de la educación española, la Ley General de Educación de 29 de septiembre de 1931, llevó a cabo la creación de centros, la formación de maestros, la progresión educativa continua desde el primer nivel hasta el último y las conocidas Misiones Pedagógicas, que no solo enseñaban sus proyectos culturales sino que acercaban los libros a las poblaciones alejadas dejando un pequeño lote para constituir la biblioteca escolar. Este episodio comprendía la necesaria interrelación entre el saber humanístico y la lectura, herramienta fundamental para formar individuos instruidos, acostumbrados a barajar diversas fuentes y, con la ayuda de la educación recibida, establecer su veracidad, descifrar las causas de sus interpretaciones y ponerlas a disposición del público.

Las disciplinas humanísticas no tratan de abarcar, pues sería imposible, todo el conocimiento, sino de comprender cómo el pensamiento humano engloba y dirige todos los ámbitos que este contiene y paulatinamente conforma las teorías y corrientes que han movido el devenir histórico y nos han traído hasta aquí. Si es necesario reconocerles un inconveniente es que la propia multidisciplinariedad de las humanidades ocasiona que sus profesionales puedan derivar a diferentes campos, razón por la cual, además de la formación de base, será beneficioso bucear algo más en las ciencias documentales en aras de mayor especialización.

... Y EL MARCO DOCUMENTAL

Las bibliotecas conservan a través de sus volúmenes la cultura universal y facilitan el acceso a los mismos constituyendo una vía necesaria para la formación de generaciones coetáneas y futuras, pero este almacenamiento no tiene sentido sin una revisión permanente que garantice que el conocimiento que alberga está siempre actualizado. Conservar el anterior nos permite estudiar la evolución del mismo, pero la difusión de información obsoleta constituye un error inaceptable.

Es labor del bibliotecario asegurarse de que esto no ocurra; de la misma forma en que es labor del humanista conocer los paradigmas vigentes y explicar los cambios y rupturas de los mismos. La cooperación en este ámbito puede fomentar el servicio, aumentar su calidad, y proporcionar una mejor formación e información a usuarios y ciudadanos para que comprendan qué recursos tienen a su alcance, sepan cómo sacarles el máximo provecho y hallen cualquier información que necesiten.

De nada sirve utilizar un libro o revista si no tenemos conocimientos de las disciplinas que los gestionan que nos permitan encontrar lo que buscamos, ubicarlo en el tiempo, conocer si refleja una corriente filosófica o científica obsoleta, cómo representar su utilización en nuestro trabajo... La alfabetización informacional así como las competencias informáticas resultan vitales en Humanidades.

Algo parecido sucede con la archivística: gran parte de las Humanidades consisten en conocer la historia y en gestionar la información que de ella recibimos, por lo que el conocimiento del funcionamiento de los archivos constituye una rama muy importante para trabajar con información primaria. Aprendemos de forma básica los procesos y contenidos de ambos trabajos, pues encajan perfectamente con nuestro ámbito profesional.

De la misma forma, de nada sirve consultar un documento si no tenemos el conocimiento necesario para comprobar su integridad y autenticidad, las partes de que se compone, descifrar su caligrafía o saber cómo localizarlos en un cuadro de clasificación o a través de los instrumentos pertinentes; fundamentales también resultan los humanistas en las diversas comisiones de valoración que determinarán la disposición final de los documentos, puesto que la interpretación de sus valores así como de las necesidades presentes y futuras de los usuarios deberán ser debatidas por personas con esa capacidad crítica a la que hacíamos alusión anteriormente.

La interpretación y la crítica fundamentada requieren fuentes fiables. Los humanistas necesitamos los documentos de los archivos, los libros y la información contenida y difundida en bibliotecas pero, puesto que nuestro ámbito es multidisciplinar, vamos más allá y necesitamos conocer también el funcionamiento de sus sistemas y el contenido de las disciplinas que albergan, por lo que estos se incluyen en los programas formativos.

CAUSAS Y CONSECUENCIAS DEL DECLIVE

El problema, paradójicamente en el mundo actual, es el desconocimiento. La mayor parte de la sociedad es incapaz de pergeñar una definición a la palabra Humanidades o siquiera un esbozo de la cantidad de materia que abarca; ni siquiera entre los universitarios, o desde ámbitos afines como son las ciencias citadas se identifica como una carrera.

Con los años, esta situación ha fraguado un sistema laboral estanco en el que muchas veces se impide esta colaboración cerrando las puertas a profesionales especializados si su formación base no es exclusivamente Documentación (o Historia en algunos centros archivísticos). Siguiendo esta línea, en la mayoría de ocasiones, los requisitos de las bases de oposiciones no incluyen esta carrera, cerrándonos las puertas de cuantiosos empleos públicos.

Esto supone un entorno totalmente anacrónico, puesto que el sistema universitario actual permite (e incluso fomenta y requiere) la especialización a través de postgrados, negando la posibilidad posterior de valorar dichos postgrados al establecer como requisito imprescindible la licenciatura o grado base. Un círculo vicioso que debería acabarse adaptando los requisitos a los nuevos tiempos o actualizando las convocatorias establecidas décadas atrás que, año tras año, se reciclan con cambios mínimos. Esta renovación sin duda sería vital para poner en valor a los profesionales especializados en estos campos.

No deja de ser una consecuencia de que la ignorancia exaltada del mundo en que vivimos llega desde el desconocimiento inocente del término o de los estudios al desdén ruín de sus contenidos, al menosprecio absurdo, a la negación de la utilidad y, por consiguiente, del análisis y difusión de la cultura a través de sus fuentes primarias que propugnamos.

La no cooperación evidenciada en este tipo de situaciones repercute en la decadencia de las Humanidades, de los propios servicios bibliotecarios y de los centros de archivo, también grandes desconocidos para el público general, ocasionando que se relacione “biblioteca” todavía como un lugar de eruditos o “archivo” como sinónimo de almacén polvoriento y caótico: compartimos el estigma común de ser invisibles.

¿Acaban en la actualidad las Humanidades? No. De la misma forma que la teoría del fin de la historia de Fukuyama se derrumbó al establecerse que el avance de las ciencias mantenía abiertas las puertas del progreso. El continuo sigue adelante y (aunque a veces no lo parezca) seguimos evolucionando, las corrientes filosóficas siguen moviendo el pensamiento y se siguen aplicando a otras disciplinas, los paradigmas siguen quedando obsoletos cuando aparecen y se consolidan nuevos: avanzamos, que no es poco. Sin nombrar, por no adentrarnos en terreno pantanoso, conceptos propios como el posthumanismo y el transhumanismo, que buscan mejorar al ser humano, que hasta hace dos décadas parecían sacados de una novela de ciencia ficción y hoy constituyen una realidad en la que ya resultan factibles ideas como erradicar defectos en cromosomas a través de la ingeniería genética.

La educación anterior a la era digital tenía como requisito imprescindible acudir a las fuentes, cotejar, analizar, sintetizar... Su objetivo no era únicamente enseñar, sino que también formaba críticamente a las personas. Hoy en día, acomodados como estamos a Internet y su oferta de información a un *click* de distancia, se busca información rápida y descargable, sin necesidad de contrastar fuentes o fiabilidades y, por supuesto, acudir a las fuentes primarias o a la biblioteca es supletorio. Muchos menores ni siquiera saben cómo utilizar una enciclopedia en papel, lo que convierte cada tomo en losa y cada estantería en un paraje al que nadie se acerca. Decir que los humanistas no tienen la formación necesaria para desempeñar estas profesiones resulta tan absurdo como decir que no necesitamos archivos o bibliotecas porque tenemos Internet.

También es cierto que el concepto tradicional de bibliotecario erudito ha quedado desfasado en beneficio del acceso abierto al conocimiento, la apertura de las bibliotecas a toda la sociedad y la gestión del conocimiento electrónico (entre muchos otros factores), pero también los humanistas hemos llegado al siglo XXI y nos hemos adaptado al mundo digital en cuanto a formación, objetivos profesionales y, por supuesto, a sus nuevas formas y sistemas, que posibilitan un vasto mundo en la tarea de explicar la evolución de la civilización: consecuencia del brutal cambio de paradigma que nos ha convertido de analógicos a digitales, cabe afirmar que las humanidades son más necesarias que nunca.

NUEVA FORMACIÓN: MANTENIMIENTO DE LOS PRESUPUESTOS EN EL MUNDO DIGITAL

Su vertiente actual, las Humanidades Digitales constituyen un híbrido entre el saber humanístico, la gestión del conocimiento y de la información en cualquier soporte, la búsqueda de recursos electrónicos y analógicos y, fundamentalmente, la defensa, gestión y difusión de la cultura y el patrimonio, definición que obviamente incluye el documental y por el que la gestión del mismo no nos resulta ajena.

Aún más allá, la implantación de la administración electrónica requiere unos conocimientos que aprendemos desde las Humanidades Digitales. La relación entre las Ciencias de la Documentación en su conjunto y las Humanidades es más que evidente, pero no existimos (o no interesa que existamos). A unos por desconocimiento, ignorancia o menosprecio; a otros porque ven amenazadas sus oportunidades laborales, ya de por sí escasas en comparación con otros ámbitos, sin tener en cuenta que ese terreno también es nuestro y debemos compartirlo.

Como prueba tenemos numerosos postgrados que, con esta denominación, están enfocados hacia la gestión del patrimonio, la digitalización de fondos, desarrollo de colecciones y archivos digitales, diseño de políticas culturales o de portales de difusión a través de gestores de contenidos, entre otros muchos. Materias que serán fundamentales en la gestión de sistemas archivísticos (más en días en que el acceso abierto y la aplicación de metadatos son grandes protagonistas) y, desde la biblioteconomía o la documentación, para gestionar y analizar la cultura 2.0 en la que prima el conocimiento abierto, de libre acceso, proactivo... y la 3.0 (cada día más cerca), para la que la construcción de ontologías pone de manifiesto la necesidad de analizar la semántica y la lingüística de diferentes lenguas. Muchos de los proyectos pertenecen tanto al ámbito de la archivística o de la biblioteconomía como al de las Humanidades digitales.

De esto se extraen muchas conclusiones, pero subyace en todas una fundamental: no nos ven; algo que a día de hoy puede traducirse en: no nos ven, ergo no existimos. Y no es que no hagamos ruido, pues en los últimos años, el afán tirano de acabar con la filosofía en las escuelas ha hecho movilizarse a profesores

y alumnos que reivindican la defensa de los estudios humanísticos a través de diversas plataformas.

No hace tanto que los conocimientos transdisciplinares humanistas constituían parte de la base desde la que cimentar la educación, el estudio y la difusión de la cultura y el patrimonio; carece de sentido que se nos niegue la labor tradicional a la que nos hemos dedicado desde antiguo; sin perjuicio de la formación propia de documentalistas e historiadores, que igualmente son profesionales en sus campos.

Estos nuevos postgrados, prueba fehaciente de que la interrelación entre los ámbitos está justificada y es positiva, pueden ser la entrada a un nuevo escenario en que las Humanidades vuelvan a estar presentes, compartan espacio con estas ciencias afines (en las que nos empeñamos en especializarnos a pesar del arduo camino que supone ser invisible, porque queremos difundir contra viento y marea esta sabiduría que debe transmitirse a las generaciones futuras), permitan que todos nos beneficiemos de los conocimientos del otro (contexto fundamental hoy en día, mucho más desde el ámbito bibliotecario) y cooperemos en busca de un mejor servicio al ciudadano, objetivo único de todos, garantizando la pervivencia de un mundo racional y del testimonio del mismo.

BIBLIOGRAFÍA

- CANET, J. L.: "Reflexiones sobre las humanidades digitales", *Humanidades Digitales: desafíos, logros y perspectivas de futuro*, Janus, Anexo 1 (2014), pp. 11-20.
- CORTINA, A.: "El futuro de las humanidades", *Revista chilena de Literatura*, 84, 2013, pp. 207-217.
- LÓPEZ, Á.: "Arden las humanidades", *eHumanista*, 29, 2015, pp. 92-103.
- MOLINUEVO, J. L.: *Humanismo y nuevas tecnologías*. Madrid: Alianza Editorial, S.L., 2004.
- ONTAÑÓN, E.: "Lectura, escuela, educación y biblioteca", *Educación y biblioteca*, 182, 2011, pp. 64-67.
- PINO, L. M.: "Ortega y Gasset y las humanidades: una propuesta de formación del hombre", *Revista de Filología de la Universidad de La Laguna*, 16, 1998, pp. 295-314.
- PINTO, J.: "Biblioteca Pública y Formación. Para no perder el conocimiento". *Educación y biblioteca*, 135, 2003, pp. 81-85.
- RODRÍGUEZ-YUNTA, L.: "Humanidades digitales, ¿una mera etiqueta o un campo por el que deben apostar las ciencias de la documentación?", *Anuario ThinkEPI*, 7, 2013, pp. 37-43.